

Juan murió joven, llorando al verse separado de sus amados enfermos; San Vicente, anciano, plácidamente rodeado de la corona de sus queridos discípulos.

Mas dejemos ya al santo de Granada, y empiece ya el lector á saborear la vida y las virtudes de San Vicente de Paúl. No queremos anticiparle noticia alguna, que pudieran atenuar la sorpresa que habrá de causarle aquel varón portentoso, incomparable, á quien no puede conocer uno sin amarle, sin venerarle con todo el respeto de que es capaz un alma.

¡Oh! si este libro encendiera en los lectores el fuego sagrado del amor á los pobres. ¡Si se contagiaran de San Vicente con la locura de la caridad! ¡Si amaran más á Dios al verlo tan admirable en sus santos!

R. M. CARRASQUILLA

Presbítero

Bogotá, Mayo de 1906.

LAS REPUBLICAS

FRAGMENTOS

I

He admirado el hormiguero
cuando henchían su granero
las innúmeras hormigas.
He observado su tarea
bajo el fuego que caldea
la estación de las espigas.

Esquivando cien alturas
y salvando cien honduras,
las conduce hasta las éras
un sendero largo y hondo
que labraron desde el fondo
de las lóbregas paneras.

Universidad del
Rosario

Arch
Hist



Y en hileras numerosas,
paralelas, tortuosas,
van y vienen las hormigas....
la vereda es dura y larga,
pesadísima la carga
y asfixiantes las fatigas,

Mas la activa muchedumbre,
sobre el hálito de lumbre
que la tierra reverbera,
senda arriba y senda abajo,
se embriaga en el trabajo
que le colma la panera.

Son comunes los quehaceres,
son iguales los deberes
los derechos son iguales,
armoniosa la energía,
generosa la porfía,
los amores, fraternales.

Si rendida alguna obrera
por avara, no subiera
con la carga la alta loma,
la hermanita más cercana,
con amor de buena hermana,
la mitad del peso toma.

Nadie huelga ni vocea,
nadie injuria ni guerrea,
nadie manda ni obedece,
nadie asalta el gran tesoro,
nadie encela el grano de oro
que al tesoro pertenece.....

He observado el hervidero
del innúmero hormiguero
en sus horas de fatiga.....

Si en los ocios invernales
sus costumbres son iguales,
¡son muy sabias las hormigas!

II

He observado la colmena
al mediar una serena
tarde plácida de Mayo.
La volante, la sonora
muchedumbre zumbadora
laboraba sin desmayo.

¡Qué magnífica opulencia
la de aquella florescencia
de los campos amarillos.....!
Madreselvas y rosales,
agabanzos y zarzales,
mejoranas y tomillos.....

Todo vivo, todo hermoso,
todo ardiente y oloroso,
todo abierto y fecundado:
los perales del plantío,
los cantuesos del baldío,
las campánulas del prado.....

Y en corolas hechiceras,
y en pletóricas anteras,
y en estilos diminutos,
y en finísimos estambres,
van buscando los enjambres
las esencias de los frutos.

Y los finos agujijones,
en sobadas libaciones,
van llevando á los talleres
lo mejor de la riqueza
que vertió Naturaleza
por los términos de Ceres.

Zumba el himno rumoroso
del trabajo fructuoso
con monótona dulzura :
las obreras, impacientes,
salen y entran diligentes
por la estrecha puerta oscura.

Las que dentro descargaron
las esencias que libaron,
palpitantes aparecen ;
vuelo toman oscilante,
y en la atmósfera radiante
volteando desaparecen.

Las que tornan presurosas
con sus cargas deliciosas
de ambrosías y colores,
no parecen volanderas
juiciosísimas obreras,
sino aladas lindas flores.

No se estorban ni detienen
las que ricas de oro vienen,
las que en busca van del oro.....
Unas liban y acarrear,
otras labran y moldean,
¡ todas hinchen el tesoro !

Y hacinados en los cienos,
expulsados de los senos
del alcázar del trabajo,
los cadáveres viscosos
de los zánganos ociosos
se corrompen allá abajo.....

.....
.....

Esta vida que vivimos
los que reyes nos decimos

de este mundo engañoso,
no es la vida sabia y sana
¡ Ay ! ¡ La república humana
me parece la peor !.....

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALAN

(De *El Universo*, de Madrid).

RECUERDOS DE PEREDA

En los últimos días de Diciembre de 1899 llegamos á Santander, huyéndole al frío del invierno de Suiza, el helado país de la Jungfrau y del Mont-Blanc. Llevábanos á aquella ciudad, no tan buen clima en esa estación como lo son otros puntos de España—especialmente Sevilla, donde ya habíamos pasado el invierno del 97,—el ansia de volver á ver á una antigua y querida familia amiga nuestra, la facilidad que nos prestaba aquel puerto de embarcarnos para Colombia en cualquier momento dado, y, justo es decirlo, el deseo también grandísimo de conocer al ilustre novelista cuya muerte lloran hoy las letras castellanas de uno y otro lado del Océano.

La ciudad de Santander, noble señora del Cantábrico, el temido mar de navegantes y pescadores, es tan conocida de todos los que entre nosotros han viajado á Europa, que me parece innecesario decir nada de ella ; Santander puede decirse que es Pereda ; y hablar de éste es, por tanto, su mejor elogio : no porque no cuente entre sus hijos otros hombres distinguidísimos y de mayor valía como sabios—el ilustre Menéndez Pelayo, por ejemplo,—sino porque Pereda es (ya que sus obras vivirán eternamente), como el alma de sus calles, de sus moradores, de su mar terrible y de sus montañas escarpadas ; porque él todo lo vio, lo pintó con colores imborrables y lo *vivió*, si así puede decirse, con toda la intensidad de su genio.